



MICHAEL
CRICHTON
VIAJES Y EXPERIENCIAS

Este libro de marcado acento autobiográfico relata la singular educación espiritual de Michael Crichton, un hombre que se formó a sí mismo a través de experiencias tan apasionantes como las que describe en sus obras de ficción. Tras estudiar medicina y decepcionado de la profesión médica, Crichton se dedicó a su verdadera vocación: el cine y la literatura. Vivió una temporada en Hollywood, pero su curiosidad innata le llevó a conocer culturas y lugares exóticos, entre ellos Nueva Guinea, el Kilimanjaro, la selva africana y el desierto americano. A lo largo de estos itinerarios participó en sorprendentes experiencias que le revelaron facetas insólitas de la realidad: viajes astrales, percepción extrasensorial, telequinesia... Divertido, lúcido y cautivador, Viajes y experiencias una la aventura con el conocimiento y depara una lectura vibrante. Y no es para menos, pues se trata del autorretrato de un hombre fascinado por las infinitas posibilidades del ser humano y por la desconcertante variedad de experiencias que ofrece el mundo.

«Un peligro especialmente grave del autoanálisis es dejarlo inconcluso. Nos sentimos satisfechos antes de hora con explicaciones parciales».

SIGMUND FREUD

«Para definir la existencia se necesita algo más que palabras».

LAOTSE

«Lo que ves es lo que ves».

FRANK STELLA

PRÓLOGO

Durante muchos años, viajé tan sólo para mí mismo. Me negaba a escribir acerca de mis viajes e incluso a planearlos con algún propósito útil. Mis amigos solían preguntarme qué clase de investigación me había llevado a Malasia, Nueva Guinea o Pakistán, pues era evidente que nadie iba a aquellos lugares por simple esparcimiento. Yo, sí.

Sentía una verdadera necesidad de reverdecirme, de tener experiencias que me alejasen de todo lo que hacía cotidianamente, de lo que cotidianamente vivía.

En mi vida diaria tenía a menudo una conciencia agobiante de la finalidad que subyacía a todas mis acciones. Cada libro que leía, cada película que veía, cada almuerzo y cada cena a los que asistía parecían encerrar su propia motivación. De vez en cuando me asaltaba el deseo de hacer algo sin motivo aparente.

Concebía aquellos viajes como unas vacaciones, como respiros de mi vida cotidiana, pero resultaron ser algo más. Finalmente comprendí que muchos de los cambios más importantes de mi existencia se habían producido a causa de mis experiencias viajeras. Y es que, por muy insulsas que puedan parecer si las comparamos con las peripecias de los auténticos aventureros, mis escapadas tenían para mí el valor de aventuras genuinas en las que luchaba contra mis temores y limitaciones, y aprendía al máximo de mi capacidad.

A medida que transcurría el tiempo, el hecho de no haber escrito una palabra acerca de mis viajes se convirtió en una molesta carga. Cuando eres escritor, la asimilación de

ciertas experiencias esenciales te obliga a plasmarlas sobre el papel. Escribir es la manera de hacer tuyas esas experiencias, de explorar lo que para ti significan, de llegar a poseerlas y, en última instancia, de transmitir las. Me sentí aliviado, después de tantos años, de describir en tinta impresa algunos de los lugares que había visitado. Me fascinaba comprobar cuánto podía redactar sin tener que consultar mis cuadernos de notas.

Había también algunos episodios de mi carrera de medicina sobre los que siempre quise escribir. Me había prometido a mí mismo que esperaría unos quince años, hasta que aquellas vivencias pertenecieran por entero al pasado. Ahora descubro con sorpresa que ya he esperado bastante, y las incluyo en mi relato.

He incluido asimismo mis experiencias en los mundos que algunos llaman «psíquicos», «transpersonales» o «espirituales». Yo las defino como «viajeros interiores», unos viajes que complementan a los externos, si bien esta distinción entre sensaciones internas y estímulos exteriores suele emborronarse en mi mente. De todas maneras, el esfuerzo para desgranar mis percepciones ha resultado útil y provechoso en una faceta que no había previsto.

Con frecuencia advierto que he viajado a un confín remoto del globo para recordar quién soy realmente. No es ningún misterio por qué ocurre así. Separados del entorno habitual, de los amigos, de la rutina, de la nevera llena de comida y del armario rebosante de ropa, privados de todo lo que conocemos, nos vemos abocados a la experiencia directa. Esta última nos hace inevitablemente conscientes de quién es la persona que vive la experiencia en cuestión. No siempre resulta cómodo, pero revitaliza.

He constatado que la experiencia directa es la más valiosa que puedo tener. El hombre occidental vive tan rodeado de ideas, tan bombardeado con opiniones, conceptos y estructuras informativas de toda suerte, que le es difícil experimentar algo sin el tamiz corrector de esas estructuras. Y

la naturaleza, nuestra fuente más tradicional de introspección directa, desaparece a gran velocidad. Los ciudadanos de las urbes modernas ni siquiera ven las estrellas por la noche. Ese recordatorio avasallador del lugar que se ha asignado al hombre en el vastísimo orden del universo, y que antiguamente observaban todos los seres humanos cada veinticuatro horas, hoy se nos niega. Nada tiene de extraño que la gente pierda el norte, que ignoremos quiénes somos y qué rumbo toma nuestra vida.

Como decía, viajar me ha ayudado a tener experiencias directas... y a conocerme mejor a mí mismo.

Son muchas las personas que me han ayudado a escribir este libro. Entre las que leyeron las primeras versiones del manuscrito y me ofrecieron sus comentarios y su aliento figuran Kurt Villadsen, Anne-Marie Martin, mis hermanas Kimberly y Catherin Crichton, mi hermano Douglas Crichton, Julie Halowell, mi madre Zula Crichton, Bob Gottlieb, Richard Farson, Marilyn Grabowski, Lisa Plonsker, Valery Pine, Julie McIver, Lynn Nesbit y Sonny Metha. Los siguientes borradores del texto fueron leídos por los participantes mismos, a quienes debo valiosas sugerencias y correcciones.

A todas estas personas quiero expresar mi agradecimiento, así como los agentes de viajes a los que acosé durante varios años: Kathy Bowman de World Wide Travel, en Los Ángeles, y Joyce Small de Adventures Unlimited, en San Francisco.

Por otra parte, algunas personas han ejercido una notable influencia en mi pensamiento aunque apenas aparezcan en el libro. Me refiero particularmente a Henry Aronson, Jonas Salk, John Foreman y Jasper Johns.

Por voluntad propia, he limitado el alcance de mi obra. En una ocasión, Freud definió la vida como trabajo y amor, pero yo he preferido no tratar ninguno de estos temas ex-

cepto allí donde guardan relación con mis experiencias viajeras. Tampoco me he dedicado a analizar mi infancia. Lo que pretendo es escribir sobre los intersticios de mi vida, sobre los acontecimientos que sucedieron mientras se desarrollaba la que yo consideraba mi vocación real.

Tan sólo me resta mencionar que se han introducido ciertos cambios en el texto original. Los nombres y los rasgos identificativos de médicos y pacientes han sido todos modificados. En los capítulos finales también se han cambiado algunos nombres y características a petición de las personas interesadas.

LOS AÑOS DE UNIVERSIDAD
(1965-1969).

EL CADÁVER

No es fácil partir un cráneo humano con una sierra.

La hoja hendía la piel con insistencia, resbalando sobre el blando hueso frontal. Si cometía un error, me desviaría hacia un lado y no aserraría exactamente por el centro de la nariz, la boca, la barbilla y el cuello. La operación exigía una concentración tremenda. Debía prestarle una gran atención, y al mismo tiempo no lograba concienciarme de lo que hacía, pues lo encontraba espantoso.

Éramos cuatro los estudiantes que habíamos compartido aquel cadáver en los últimos meses, pero me tocó a mí la tarea de abrir la cabeza de la anciana. Rogué a los otros que salieran de la sala mientras trabajaba. No podían mirar sin hacer chistes, y eso me impedía concentrarme.

Los huesos de la nariz eran especialmente delicados. Puse mucho cuidado en practicar el corte sin resquebrajar aquellos huesecillos, que eran tan finos como un papel de fumar. Más de una vez me detuve, desprendí con las puntas de los dedos las esquirlas adheridas a los dientes de la sierra, y luego continué. Mientras aserraba rítmicamente, concentrado en hacer un buen trabajo, pensé en los derroteros que había tomado mi vida. Nunca hubiera imaginado que sería así.

Jamás tuve la firme intención de ser médico. Me había criado en un barrio periférico de la ciudad de Nueva York, donde mi padre trabajaba como periodista. Ningún miembro de la familia era doctor, y mis experiencias infantiles con la medicina no habían sido alentadoras: me desmayaba siempre que me ponían inyecciones o me extraían sangre.

Entré en la universidad con la idea de ser escritor, pero muy pronto se pusieron de manifiesto mis tendencias científicas. En el departamento lingüístico de Harvard mi estilo redaccional fue severamente criticado, y en los exámenes de ingreso apenas rebasé la calificación de aprobado. A mis dieciocho años estaba orgulloso de mis escritos y creía que era Harvard, no yo, quien se equivocaba, así que decidí hacer un experimento. La siguiente tarea que me habían asignado era una disertación sobre *Los viajes de Gulliver*, y recordé un ensayo de George Orwell que podía ajustarse bien a mi plan. Con cierta vacilación, mecanografié el ensayo de Orwell y lo presenté como mío. Mi renuencia se debía a que, si se descubría el plagio, me expulsarían; pero estaba seguro de que el profesor no sólo andaba errado en sus juicios estilísticos, sino que además era un hombre poco leído. En cualquier caso, George Orwell obtuvo en Harvard un notable justo, lo que me convenció de que la sección lingüística era demasiado difícil para mí.

Resolví entonces estudiar antropología. Pero yo mismo dudaba de mis deseos de continuar hasta especializarme en aquella disciplina, de manera que, por si acaso, empecé a asistir a clases preparatorias de medicina.

En general encontraba Harvard un sitio atractivo, donde la gente se volcaba de verdad en el estudio y la cultura, sin poner demasiado énfasis en las calificaciones. Pero apuntarse a un cursillo médico era meterse en un mundo distinto, un mundo ingrato y competitivo. La asignatura crítica era la química orgánica, o Chem 20, conocida universalmente como la clase donde «se jode al compañero». En las aulas, si no oías bien lo que había dicho el profesor y preguntabas al vecino, él te daba una información falsa; por lo tanto, era preferible estirar el cuello y copiar sus apuntes, aunque, en ese caso, el sujeto solía taparlos para que no pudieras ver nada. En el laboratorio, si formulabas una pregunta a la persona de la mesa contigua te daba una respuesta incorrecta con la esperanza de que cometieras un

error o, mejor aún, que provocases un incendio. Por causar incidentes de aquel tipo te rebajaban la nota. En mi curso tuve la dudosa distinción de haber iniciado un espectacular incendio con éter cuyas llamas alcanzaron el techo y dejaron unas anchas señales ahumadas, un estigma de ineptitud que se cernió sobre mi cabeza durante el resto del año.

Me sentía incómodo ante la actitud hostil y paranoide que demandaba aquel curso para triunfar. Yo pensaba que una profesión humanitaria como la medicina debería haber estimulado otros valores en sus aspirantes. Pero, claro, a nadie le importaba mi opinión.

Salí adelante lo mejor que pude. Había supuesto que la medicina era una actividad altruista además de científica. Evolucionaba tan aprisa, que quienes la practicaban no podían caer en el dogmatismo; tenían que ser flexibles y amplios de miras. Era ciertamente un trabajo interesante, y no había duda de que ayudar a un enfermo constituía una labor meritoria.

Así pues, cursé mis solicitudes en las escuelas médicas, pasé las pruebas universitarias de aptitud, celebré entrevistas, y fui aceptado. Poco después me concedieron una beca para estudiar en Europa, lo que retrasó en un año mi incorporación.

Transcurrido ese año me trasladé a Boston, alquilé un apartamento en Roxbury, cerca de la Facultad de Medicina de Harvard, compré los muebles y me matriculé en las clases de primer curso. La misma hoja de registro me enfrentó con la perspectiva de diseccionar un cadáver humano.

Como estudiantes novicios, examinamos a fondo el programa y vimos que tendríamos la sesión de cadáveres el primer día. No dejábamos de hablar de ello. Interrogamos a los alumnos de segundo curso, unos veteranos que nos miraron con jocosa tolerancia. Nos aconsejaron que intentáramos conseguir un hombre, nunca una mujer. Debía ser de

raza negra, no blanca. También convenía que fuera flaco. Y era esencial que no llevara muchos años muerto.

Muy aplicados, lo anotamos todo y aguardamos la fatídica mañana del lunes. Imaginamos la escena, recordamos cómo la había interpretado Broderick Crawford en *No serás un extraño*, avisando con voz ronca a sus aterrorizados estudiantes de que «la muerte no es un pasatiempo» ante de levantar la mortaja.

Aquella mañana en el anfiteatro, Don Fawcett, profesor titular de anatomía, hizo su discurso inaugural. No había ningún cadáver en el aula. El doctor Fawcett era alto y sobrio, el polo opuesto de Broderick Crawford, e invirtió la mayor parte del tiempo en explicaciones académicas: cómo se habían programado las disecciones, cuándo tendríamos los exámenes, de qué modo se relacionarían las disecciones de anatomía general con las lecciones magistrales de anatomía microscópica. Sobre la importancia de la anatomía general, o práctica, dijo que «no se puede ser buen médico sin tener profundos conocimientos de anatomía, del mismo modo que no se puede ser buen mecánico sin abrir el capó de un coche».

Nosotros apenas le escuchamos. Esperábamos el fiambre. ¿Dónde lo habían metido?

Por fin, un estudiante de especialidad arrastró una camilla hasta la sala. Sobre ella, un lienzo de algodón azul cubría una forma abultada. Observamos su contorno. Nadie prestó atención a la lección del doctor Fawcett. El profesor bajó del entarimado y se acercó al cadáver: nadie le escuchaba. Todos aguardábamos expectantes el momento en que apartaría la sábana.

Eso fue lo que hizo. Resonó un fuerte suspiro, una masiva exhalación de aire. Debajo del lienzo había una gruesa lámina de plástico. Aún no se veía el cadáver.

El doctor Fawcett retiró el plástico. Quedaba todavía una tela blanca y liviana. La eliminó también, y al fin distinguimos una forma muy pálida. Vimos las extremidades y el

torso. Sin embargo, tenía la cabeza, las manos y los pies envueltos en gasas, como una momia. No era fácil reconocer a un cuerpo humano en aquella figura. Comenzamos a relajarnos, y nos percatamos de que el profesor seguía hablando. Nos explicó detalladamente el método de conservación, y el motivo de que se hubieran protegido asépticamente la faz y las manos. Nos instó al decoro en la sala de disecciones. Nos contó que el conservante, o fenol, actuaba también como anestésico y que era normal que notáramos un entumecimiento y hormigueo en los dedos durante la disección: no se trataba de ninguna parálisis letal que contagiasen los cadáveres.

Fawcett terminó su exposición. Fuimos todos a la sala de disecciones, para escoger a nuestros muertos.

Previamente nos habíamos dividido en grupos de cuatro. Yo había reflexionado mucho sobre las alternativas, y me las ingenié para asociarme con tres colegas que proyectaban estudiar cirugía. Pensé que a unos futuros cirujanos les entusiasmaría la disección y querrían hacerlo todo. Con una pizca de suerte me limitaría a observarles desde la retaguardia, que era mi más íntima esperanza. Si podía evitarlo, prefería no tener que tocar el cadáver.

La sala de disecciones era amplia y, para estar en septiembre, muy calurosa. En la estancia yacían unos treinta cadáveres sobre sus respectivas mesas, todos cubiertos con sábanas. Los profesores de prácticas no nos dejaron espiar bajo los lienzos para escoger los cuerpos. Tuvimos que decidirnos por una mesa y esperar. Mi grupo eligió la más próxima puerta.

Los prácticos nos dieron instrucciones. Cada equipo se había situado junto a su cadáver, y volvía a reinar un ambiente de tensión. Una cosa era que te enseñasen un muerto estando sentado en las gradas altas de un anfiteatro, y otra muy distinta erguirte al lado del cuerpo, saber que bastaba estirar el brazo para tocarle. Nadie lo hizo.

Finalmente, el profesor de prácticas dijo: «Pongamos manos a la obra». Hubo un prolongado silencio. Todos los alumnos abrieron sus cajas de instrumental y extrajeron escalpelos y tijeras. Nadie tocó el lienzo. El práctico nos recordó que ya podíamos quitarlo. Así, la sábana por el borde, con aprensión. Conteniendo el aliento, empezamos a alzarla en el lado de los pies y expusimos a la luz la mitad inferior del tronco.

Nos había correspondido una mujer blanca y viejísima, pero al menos era delgada. Tenía las manos y los pies envueltos. No era tan terrible como había previsto, aunque el cuerpo desprendía un penetrante olor a fenol.

Nuestro práctico nos indicó que nos colocásemos dos a cada lado del cadáver, y que comenzáramos la disección por la pierna. Nos dio la orden de ataque. Nadie se movió.

Nos miramos de hito en hito. El profesor dijo que tendríamos que trabajar con celeridad y ahínco si queríamos respetar el programa y terminar antes de tres meses.

Al fin, empezamos a cortar.

La piel fría, macilenta y ligeramente húmeda. Practiqué la primera incisión con el escalpelo, atravesando la zona donde el muslo se une al tronco, y luego bajé en línea recta por la pierna hasta la rodilla. Mi corte no fue lo bastante profundo. Apenas hendí la epidermis. «Así no —me aleccionó el profesor de prácticas—. Tienes que cortar».

Volví a intentarlo; la carne se abrió, y comenzamos a separar la piel del tejido subyacente. En ese instante nos dimos cuenta de que la disección era un trabajo arduo, metódico y enérgico a la vez. Se efectuaba en su mayor parte con la punta roma de las tijeras... o con los dedos.

Al desgajarse la piel, lo primero que apareció fue la grasa, una densa superficie de tejido adiposo amarillento que rodeaba todo cuanto queríamos ver. Bajo el calor reinante, la grasa estaba desleída y resbaladiza. Cuando arrancamos

aquella capa encontramos los músculos, enmarcados en una membrana lechosa, similar al celofán, que se llama «fascia». Era fuerte y elástica; nos costó algún esfuerzo traspasarla para llegar a la masa muscular. Los músculos eran como cabía esperar: rojizos, estriados, grueso en el centro y ahusado en los extremos. Las arterias no ofrecieron dificultad, pues les habían inyectado látex rojo. Pero no supimos qué aspecto tenían los nervios hasta que vino el práctico y nos aisló uno, una especie de cuerda blanca y correosa.

La tarde, a medida que avanzaba, adoptó los matices de una pesadilla: el trabajo colectivo, con el sudor chorreando por la cara; el olor indescriptiblemente acre; nuestra renuencia a enjugarnos el rostro por miedo a empapararlo de fenol; el descubrimiento repentino y aterrador de un pedacito de carne que había saltado y aterrizado, pegajoso, en la epidermis; y la sórdida monotonía de la sala misma, una habitación desnuda, asfixiante, de un gris institucional. Fue una experiencia deprimente y agotadora.

Ya sólo la nomenclatura que teníamos que aprender era difícilísima: arteria, epigástrica superficial, arteria pudenda externa superficial, fascias pectíneas, espina ilíaca anterior, *ligamentum patellae* (el ligamento de la rótula). En total, aquel primer día memorizamos cuarenta estructuras diferentes.

Trabajamos hasta las cinco, hora en que cerramos la incisión mediante sutura, a rociamos de líquido para mantener la humedad y nos fuimos. No habíamos podido completar la disección tal y como se indicaba en nuestro manual de laboratorio. Al término del primer día ya íbamos retrasados.

En la cena casi no probamos bocado. Los estudiantes de segundo curso nos miraron divertidos, burlones, pero en aquella etapa inicial ninguno de nosotros secundó sus bromas. La batalla por dominar nuestros sentimientos era demasiado cruenta como para participar.